

CARTA

DE M. JOSEFINA JOUX DE LA CHAPELLE ¹ A UNA HERMANA SUYA, NOTICIÁNDOLA SU REGRESO AL SENO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Y LOS MOTIVOS DE SU CONVERSION.

Mi querida Hermana: la carta que acabas de escribirme en respuesta á mi última en que te manifestaba la mutacion de nuestro respetable Padre, ha llenado de amargura mi corazón. Esperaba hallar en tí mas calma, mas tranquilidad y resignacion en la voluntad del Señor que, segun la expresion de las Santas Escrituras, lo dispone todo con sabiduría. Yo tambien experimenté como tú una viva emocion, y no sé si diga una pena amarguísima, cuando empecé á sospesar las intenciones de padre, y veia aumentarse en él diariamente la aversion y disgusto á la creencia de sus mayores. Pero el día en que hizo su abjuracion en manos del Arzobispo de París, fué para mí, te lo confieso, el mas cruel de mi vida. La preocupacion, tan acreditada entre nosotros, de que no se debe mudar de Religion, estaba grabada profundamente en mi alma, y allá en mi interior no podia dejar de mirar como una deshonra el procedimiento de padre. Sin embargo, el respeto que le debía, como que me habia dado el sér, sus conocimientos, sus blancas canas, y sobre todo aquella extraordinaria virtud que admiraba en él, impusieron silencio á mi dolor, y contuvieron mi secreta

¹ Esta jóven es hija del célebre Pedro Joux de la Chapelle, antiguo Ministro Protestante de Ginebra, Presidente del Consistorio Calvinista de Nantes, Rector de la Universidad de Brema, despues de los sucesos de 1813, profesor de lenguas antiguas en un colegio de Escocia, convertido el 1825, y autor de las *Cartas sobre la Italia*, donde dá los motivos de su conversion, al mismo tiempo que hace la descripcion de aquella tierra clásica, Y su hija le ha imitado.

indignacion. Contentéme con llorar á mis solas, adoré los decretos impenetrables del Cielo, y me impuse el deber de manifestarme, como siempre, hija sumisa, atenta á sus menores insinuaciones, y emplear como antes con él todos mis cuidados y ternura. ¿Podia, ni debia hacer otra cosa? Habia él abandonado, es verdad, las banderas á cuya sombra nos habia criado; pero al fin, era mi padre, y esta palabra sola era, y ¿no debia ser bastante para imponerme todos los sacrificios posibles?

Sin embargo, en medio de las atenciones que le prodigaba despues de su conversion, á pesar de las lecciones de sabiduría que me daba á cada momento; y aunque frecuentemente me manifestase el ardiente deseo que tenia de verme seguir su ejemplo, yo persistí en mi modo de pensar. No contestaba á sus solicitudes, ó si respondia, era con palabras vagas para desembarazarme de ellas. Yo era Protestante de entendimiento y de voluntad; y nada me parecia capaz de obrar en mí la menor mutacion, ni miras de interés, ni el celo mas importuno: me creia firme é inmutable como una roca. Me persuado que en esta parte no dudarás de mi sinceridad, porque me conoces bien para apreciar mis sentimientos.

Así vivíamos, querida hermana, cuando llego el instante fatal que debia herir á mi padre, y atravesar mi alma con una espada de dolor. Fatigado hacia algún tiempo por la redaccion de sus *Cartas sobre la Italia*¹, que se imprimian en la imprenta Real, en parte á expensas del Rey, las cuales quería precediesen á su abjuracion, pues no eran otra cosa sino una apología de su regreso á la Iglesia Madre, y al mismo tiempo una refutacion del Protestantismo; fatigado, digo, por la redaccion de esta obra, sus fuerzas se disminuian sensiblemente; el trabajo continuo le quitaba todo reposo, aun el de la noche; no parecia respirar sino en el libro que iba á dar á luz. Los calmantes que tomaba, sin sa-

¹ Obra en que ha consignado los motivos de su conversion, y probado contra los protestantes, que la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, es la única verdadera.

berlo yo, y por los cuales se esforzaba en vano á confortar su vejez consumida y extenuada con tantos trabajos y fatigas, no pudieron preservarle de una próxima ruina. El 26 de octubre fué atacado de perlesía; golpe funesto al que debía ¡ay! sucumbir..... En vano se emplearon los socorros todos del arte; llamó inmediatamente cerca de sí á un sacerdote de la Iglesia Real de san German ¹, para recibir de su mano los auxilios de la Religión Santa que acababa de abrazar, y los últimos Sacramentos que reserva en sus tesoros para consuelo de los enfermos. Yo asistí á esta tierna ceremonia, aunque sin entrar en el espíritu de la Iglesia Católica. Traspasada de dolor á la vista de mi pobre padre moribundo, que iba á dejarme para siempre, hincada de rodillas al lado de su cama, pedia con fervor, no pará que Dios prolongase su existencia; ¡ay! no habia ya esperanza de remedio; la muerte empezaba ya á desfigurar su semblante; oraba, digo, sin saber porqué..... Era aun celosa Protestante; esto es lo único de que me acuerdo.

En el interin que estaba así anegada en mi dolor, el ministro de Dios vivo, conmovido y enternecido hasta derramar lágrimas, al ver el valor, la resignacion y fe viva del enfermo, le dió primeramente el Sacramento de la Extrema-Uncion ², y despues el de la Eucaristía en forma de Viático. Acabada la ceremonia, me abracé á mi buen padre, para estrechar en mi seno por la última vez sus miembros helados. Él respondia con fortaleza y precision á las preguntas del Sacerdote sobre su nueva creencia. ¡ Cuáles fueron mi gozo y mi consuelo al ver la paz y serenidad que reinaban en su frente, y que se esforzaba á hacer sensibles por algunas señales de su mano desfallecida!.... Tres veces tomó la del piadoso eclesiástico que habia derramado en su alma un bálsamo consolador: tres veces la apretó con el afecto mas tierno, como para manifestarle su reconocimiento por el

¹ El Abate Saint-Arroman, Canónigo honorario de Bourges.

² En tales accidentes repentinos, donde se puede temer no haya lugar para recibir los otros Sacramentos, la santa Iglesia, como piadosa Madre, acude á la mayor necesidad, y despues si hay tiempo los administra. Así sucedió aquí.

beneficio que acababa de recibir de él. En estos sentimientos dió el último suspiro aquel buen padre, aquel padre virtuoso, que tanto amábamos y nos amaba, y por cuya conservacion hubiera yo sacrificado mi propia vida.

No dudo conocerás, querida hermana mia, que el espectáculo fúnebre y tan tierno que se ofrecia á mi vista, unido á la ceremonia de que te acabo de hablar, debió necesariamente producir en mí fuertes impresiones. Repentinamente huérfana, venian á mi memoria hasta las menores acciones de mi padre: mil recuerdos se agolpaban á mi espíritu; yo experimentaba un sentimiento que no osaba manifestar exteriormente; luchaba contra toda idea de mudanza de religion; comprimia hasta el menor movimiento de mi corazon que pudiese hacerme vacilar; pero ¡ esfuerzos inútiles! la gracia me estimulaba interiormente.... poco á poco triunfaba de mi resistencia. El que tiene en su mano los corazones de los hombres, y los dirige segun su voluntad, tenia señalado el momento de mi conversion. Era ya llegado. San Pablo fué derribado del caballo en el camino de Damasco por la mano invisible del Altísimo, y de perseguidor de la Iglesia, vino á ser su defensor mas intrépido; y yo, el dia de la agonía de mi padre, el instante mismo en que él recibió los últimos Sacramentos de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, fué en el que cedí al imperio de la gracia. Yo no sé qué fué, hermana mia, te lo confieso ingenuamente; *me hincó de rodillas obstinada Protestante, y me levanté Católica.* ¿ Quién pudo obrar en mí una mutacion tan súbita y tan inesperada? No pudo ser otro que Dios, y solo Dios; porque hasta entonces, querida mia, nadie sino padre me habia hablado del Catolicismo: y ya te he insinuado al principio de esta, cuán poco aprecio hacia de sus reflexiones, qué importunas me eran, y con qué frialdad las desechara y repelia.

Pero, amada mia, si he mudado de Religion, no creas que he procedido ciegamente: no ha sido bastante para mí el verme movida y estimulada de la gracia; estaba persuadida de mi antigua creencia, y quise ser convencida si era ó no la verdadera. Solicité instruirme á fondo en la nueva doctrina que me proponia adoptar, única

que parecía podía llenar el vacío inmenso de mi alma, que el Protestantismo no había podido llenar. Para ello me dirigí al respetable cura de san German, M. Magnin, tan recomendable por sus virtudes como por una erudición poco común, y cuya modestia le hace aun más apreciable. Me pareció hallaría en él un padre, tanta era la benevolencia y caridad que me había manifestado en el momento de mi mayor dolor: tenía derecho á mi confianza, y la puse en él enteramente. Pero no permitiéndole las numerosas ocupaciones de que se ve rodeado, descender conmigo á todos los pormenores de una instrucción seguida, creyó debía encomendarlo esto al Abate M. de Saint-Arroman, aquel sacerdote que había asistido á mi padre en sus últimos instantes con todo el celo que puede inspirar tan santo ministerio.

Me dirigió en efecto á él, y en el hallé ciertamente la guía que el Señor me destinaba para dirigirme y alumbrarme. Por el espacio de cerca de dos meses tuvimos muchas, muy largas y circunstanciadas conferencias cada semana. No se contentaba con explicarme de un modo claro y preciso los principios de la fe Católica, respondía también á las numerosas objeciones que yo le hacía, y desvanecía hasta la menor sombra de duda de mi entendimiento. En fin, habiendo brillado suficientemente la luz en mi alma, pedí con instancia hacer mi abjuración. El señor Arzobispo de París, prelado tan caritativo, cuyo mérito le hace tan amado á su rebaño, y que había querido abrir por sí mismo á Padre las puertas de la verdadera Iglesia, se dignó concederme también á mí este mismo favor. El día 15 de diciembre último hice la misma profesión de fe que mi Padre, en la misma capilla, al pié del mismo altar, y en presencia del mismo venerable Prelado. ¡Y te podré explicar, te pintaré, querida hermana mia, la alegría interior que sentí en mi alma, el consuelo insondable de aquel instante afortunado! Esto es más para sentido que para dicho: yo no podría explicártelo jamás. Solo Dios conoce lo que pasó en mi alma, lo que al acordarme siento aun en mí... ¡Oh día bendito, oh día afortunado! ¡oh día de mi abjuración, día mil veces feliz! nunca jamás te borrarás de mi memoria: ¡ojalá estés siempre presente

á mi espíritu! con tu aurora comenzó mi felicidad.... péguese antes la lengua á mi paladar, dése al olvido mi mano derecha, antes que yo me olvide de tí, ni de los vínculos, y empeños, y obligaciones sagradas que contraí al pié del santo Tabernáculo.

Después de este preliminar, me parece, hermana mia, oírte vituperarme de concierto con la reforma, y tacharme de apostasía; acaso tal vez, qué sé yo, por un movimiento irreflexivo de indignación, llegarás hasta privarme de tu amistad, y no querer mirar ya como hermana á la que tanto te ama, y fué siempre tan amada de tí. Pero no te pido sino que me oigas por unos pocos momentos, y no precipites tu juicio: yo te expondré los motivos de mi mutación, y tú los juzgarás. No pienses, bien conoces que no puede ser que yo me empeñe aquí en discusiones teológicas; ni tú, ni yo somos capaces de profundizar las grandes cuestiones que levantan un muro de separación entre la Iglesia Católica y la reforma; sin embargo, he leído, he oído, y he examinado bastantemente de una y otra parte, para poder justificar á tus ojos el paso que he creído debía dar, y efectivamente he dado; como también para refutar los miserables pretextos que los protestantes han dado á la conversión de nuestro padre, y que habiendo seguido yo su ejemplo, me son también personales.

Al principiar la breve exposición de los motivos que han acabado en mí la obra de la gracia, te ruego me leas hasta el fin, y sin prevención; y después sé juez en mi propia causa. Tienes demasiada recitud para no ser equitativa.

Cinco motivos particulares, entre otros muchos, han sido los que me han llevado á abjurar los errores de la Reforma. El primero es el ejemplo de nuestro digno padre, y el de tantos protestantes como cada día, digámoslo así, vuelven al seno de la Iglesia. Segundo, la poca ó ninguna uniformidad que siempre he notado entre nosotros sobre los diferentes artículos de nuestra religión dicha *reformada*. Tercero, la novedad de esta Religión, que tuvo por fundadores á dos hombres igualmente escandalosos; el uno un fraile apóstata, el otro digno émulo de su maestro, un ambicioso cuya impie-

dad aun superó. Los llamaré por su nombre, Lutero y Calvino. Cuarto, la unidad de doctrina en la Iglesia católica, que sube hasta los Apóstoles, y que conserva intacta la fe que recibió de ellos. Quinto, en fin, el espíritu de caridad, y me atrevo á decir, de tolerancia de esta Iglesia Madre, á quien yo trataba ¡ay! en otro tiempo tan injustamente de intolerante, y los protestantes miran como tal.

Pero antes de entrar en mas pormenores, creo oportuno, hermana mia, prevenir aquí una objecion que sin duda alguna me harás, aunque no tiene otro fundamento que una ciega preocupacion. « ¿Te parece, dirás, conviene á una persona de honor, que se dirige por las reglas de la prudencia, abandonar la religion en que ha nacido y ha sido educada, por abrazar otra que apenas conoce aun? ¿no es esto dejar lo cierto por lo dudoso? »

Yo tambien, como tú, fui por largo tiempo esclava de esta falsa opinion, que detiene desgraciadamente en las sendas del error á tantas personas, que de un espíritu recto interiormente desengañadas, no tardarian en volver al sagrado redil, si no temiesen incurrir en este, á su parecer, deshonor. Pero despues que la gracia ha abierto mis ojos, no he podido menos de ver una pura futilidad¹, donde antes me figuraba un punto de honor.

¹ En efecto, basta abrir los ojos de la reflexion para penetrarse de ello. El Protestante, cuando se hace Católico, en todo rigor no muda de Religion, lo que hace es volver á la unidad que abandonó, y fijar sus variaciones en que fluctúa. Entiéndase bien: todo lo que creen los Protestantes, lo creen los Católicos; y así no tiene que abjurar artículo alguno. Para convencerse de ello, constituyámonos, dice con razon el Conde Maistre en su *carta á una señora Protestante* (*Memorial Católico, junio de 1824*), en una época anterior á todas las sectas y cismas que dividen hoy el mundo: A principios del siglo X, no habia mas que una fe en Europa. Consideremos, pues, esta fe como un conjunto de dogmas positivos, la *Unidad de Dios*, la *Trinidad*, la *Encarnacion*, la *Presencia real*; ó para dar mas claridad á nuestras ideas, supongamos que haya en ella cincuenta dogmas positivos. Todos los Cristianos creian pues entonces cincuenta dogmas. La Iglesia Griega, negando la *Procesion del Espíritu Santo*, y el *Primaño del Romano Pontífice*, no quedó mas que con cuarenta y ocho puntos de fe, por donde veis que nosotros

No te convenceré en este particular por mis solas reflexiones: quiero llamar en mi socorro las que me han sugerido la obra de nuestro Padre, y en particular una carta escrita sobre este objeto por el sabio Conde Maistre á una señora protestante. Ella ha hecho tanta impresion en mi corazon, que casi la conservó de memoria: sus expresiones serán seguramente las que transcriba mi pluma, pues no se pueden decir mejor, aunque pase á tus ojos por plagiaria. Los dichos y pensamientos de los hombres grandes son siempre de mas peso, y hacen mas impresion que las de un simple particular: y esta es una autoridad que no se puede recusar de buena fe. Pero vuelvo á tu objecion: « ¿Es prudente, es conveniente, dices, abandonar la Religion en que se ha nacido, por adoptar otra que apenas se conoce aun. »

Sí, hermana mia, sí, es conveniente: digo mas; es necesario, cuando se tienen pruebas incontestables de que esta Religion que se abraza es la única depositaria de la verdad, la única que puede hacernos verdaderamente felices. La asercion contraria tendria las mas funestas consecuencias: todo el órden social vendria á vacilar hasta en sus cimientos, si llegase á triunfar y acreditarse. Es un deber para todo hombre prudente

creemos siempre todo lo que ella cree, aunque ella niegue dos cosas que nosotros creemos. Las sectas del siglo XVI (los protestantes) llevaron las cosas mas adelante, y negaron otros muchos dogmas; pero los que han conservado, nos son comunes. En fin, la *Religion Católica cree todo lo cierto que las sectas creen*; esto es incontestable. — Luego estas sectas, sean las que se quieran, no son *Religiones* (porque Religion supone alguna cosa positiva), son *negaciones*, es decir, *nada* por sí, porque luego que afirman, son Católicas. De donde se sigue con la mayor evidencia, que el Católico que pasa á una secta *apostata* verdaderamente, porque muda de creencia, y niega hoy lo que creía ayer; pero el sectario que pasa á la Iglesia Católica, no abdica dogma alguno: nada niega de lo que creía; al contrario, cree lo que negaba; lo que es muy diferente. Así que, al que pasa de una secta Cristiana á la Madre Iglesia, no se le pide que renuncie á ningun dogma, sino únicamente que confiese que además de los dogmas que creía, y nosotros creemos como él, hay otros que él ignoraba, y que sin embargo son tambien verdaderos.

sacrificarlo todo á la conviccion de una conciencia ilustrada, y abrazar la verdad donde quiera que se halle. No admitir esta asercion, es un absurdo, dice con razon el Conde Maistre : « porque en verdad, ¿qué cosa mas » extravagante ni mas contraria á un sér dotado de ra- » zon, se puede imaginar, que la profesion expresa y » anticipada de desechar la verdad si se presenta? Se » encerraria en un hospital de locos al que en las cien- » cias humanas tomase semejante empeño; ¿pues qué » nombre daremos al que lo hace respecto de las verda- » des divinas? Para qué todo hombre estuyese obligado » á conservarse siempre en la Religion en que ha nacido, » continúa el mismo autor, era necesario que todas las » Religiones fuesen verdaderas ó todas falsas. Lo primero » no lo puede decir sino un insensato, y lo segundo » un impío¹. » « Dios, añade nuestro respetable Padre, » no puede mirar con unos mismos ojos el error y la » verdad. El hombre criado á su imagen y semejanza, y » dotado de inteligencia, esta obligado á evitar el uno, » y buscar la otra. Cuando se trata, pues, de agradarle » y rendir homenaje á la verdad, no son justas las capi- » tulaciones con la conciencia; y el escándalo que resulta » de semejante accion es, dice san Gregorio Magno, un » escándalo tomado, no un escándalo dado. » Y bien, » hermana mia, ¿qué tiene que hacer aquí un vano pun- » donor en una materia en que va nuestra salvacion, y nos » constituye entre dos eternidades, una siempre feliz, y la » otra desgraciada? ¿entre penar siempre, ó siempre go- » zar? ¿Quién es tan insensato para vacilar en esta alter- » nativa? El hombre mas apático y olvidado de sí mismo » no podria ser insensible. Ahora bien, hermana querida : » yo he descubierto y hallado la verdad en la Iglesia Ca- » tólica, Apostólica, Romana; ¿es mucho que me haya » impuesto y haya creído un deber mio el seguirla? Estoy

¹ Pero ¿y los que están de buena fe, como criados desde niños en las sectas? — No se trata, dice este mismo sabio escritor en la misma *Carta*, de saber lo que sucederá de un hombre que se cree de buena fe en el camino de la verdad, aunque realmente esté en el del error : mas todavía Dios le juzgará, y es cosa muy singular que tengamos tanto temor de que Dios no sepa hacer justicia á todo el mundo.

íntimamente convencida que he elegido la mejor parte ; y si la Divina Providencia permite que se suscite alguna duda en tu alma sobre la Religion que profesas ; si llegas á estudiar la que forma hoy dia todo mi consuelo y felicidad, no opondrás mas resistencia que yo á las impresiones de la gracia ; seguirás, como yo, la antorcha de la verdad, que te alumbrará con su divina luz y resplandor.

Voy ahora á los motivos de mi conversion : lo expondré lo mas sucintamente posible ; y si en esta breve exposicion hallas que mi estilo y mis pensamientos se elevan á veces sobre mi débil comprension, te advierto que entonces regularmente no seré mas que el eco de mi padre, ó de algun otro autor, cuyas palabras tendré cuidado de rayar, á fin de que no se crea algo de la esfera de mis conocimientos.

MOTIVO PRIMERO DE MI CONVERSION.

El ejemplo de mi Padre, y el de tantos Protestantes como diariamente vuelven al seno de la Iglesia Católica.

Pongo el primero el ejemplo de mi Padre. En efecto, querida hermana, ¿de qué peso no debia ser para mí? Dejo á un lado todo sentimiento natural, toda inclinacion para con el autor de mis dias : Dios me es testigo que ni uno ni otra han influido en mi determinacion : lo contrario ; ¡ ah ! ¡ cuánto siento hoy haberle manifestado tanta inflexibilidad, y cuán dulce me seria pensar que habia llevado al sepulcro por último consuelo la esperanza de mi conversion ! Pero no : aquel frio y seco *puede ser*, que oia salir de mi boca, aun la víspera misma de su muerte, que en mi interior era una repulsa formal, estará siempre clavado en mi corazon, y no se borrará de mi memoria sino con el último aliento de mi vida. El peso de su ejemplo, pues, ha podido por sí solo arrastrarme, y creo no negarás que era muy poderoso. En efecto, ¿qué faltaba á padre para poderme convencer? Absolu-